

matasen aquella mezquina gente, pues se daba. Empero no pudieron tanto, que no matasen y sacrificasen más de quince mil de ellos. Tras esto hubo grandísimo rumor entre la gente menuda de la ciudad, porque el señor quería huir, y ellos ni tenían ni sabían adónde ir; y así, procuraron todos de meterse en barcas, y como no cabían, caían al agua y ahogábanse. Muchos hubo que se escaparon nadando. La gente de guerra se estaba arriada á las paredes de las azoteas, disimulando su perdición. La nobleza mejicana y otros muchos estaban en canoas con el Rey. Cortés hizo soltar la escopeta para que Pedro de Albarado acometiese por su parte, y luego se tiró la artillería al rincón, donde estaban los enemigos. Diéronles tanta priesa, que en chico rato lo ganaron, sin dejar cosa por tomar. Los bergantines rompieron la flota de las barcas, sin que ninguna se defendiese. Antes echaron todas á huir por do mejor pudieron, y abatieron el estandarte real. Garci Holguín, que era capitán de un bergantín, dió tras una canoa grande de veinte remos y muy cargada de gente. Díjole un prisionero que llevaba consigo cómo eran aquellos del Rey, y que podía ser ir él allí. Dióle entonces caza, y alcanzóla. No quiso embestir con ella, sino encaróle tres ballestas que tenía. Cuahutimoc se puso en pie en la popa de su canoa para pelear; mas como vió ballestas armadas, espadas desnudas y mucha ventaja en el navío, hizo señal que iba allí el señor, y rindióse. Garci Holguín, muy alegre con tal presa, lo llevó á Cortés, el cual le recibió como á Rey, hizole buen semblante, y llególe á sí. Cuahutimoc entonces echó mano al puñal de Cortés, y dijole: «Ya yo he hecho todo mi poder para me defender á mí y á los míos, y lo que obligado era para no venir á tal estado y lugar como estoy; y pues vos podéis agora hacer de mí lo que quisierdes, matadme, que es lo mejor.» Cortés lo consoló y le dió buenas palabras y esperanza de vida y señorío. Subióle á una azotea, rogóle mandase á los suyos que se diesen; él lo hizo, y ellos,

que serían obra de setenta mil, dejaron las armas en viéndole.

De la toma de Méjico

De la manera que dicho queda ganó Fernando Cortés á Méjico Tenuchtitlán, martes á 13 de agosto, día de San Hipólito, año de 1521. En remembranza de tan gran hecho y victoria hacen cada año, semejante día, los de la ciudad fiesta y procesión, en que llevan el pendón con que se ganó. Duró el cerco tres meses. Tuvo en él doscientos mil hombres, novecientos españoles, ochenta caballos, diez y siete tiros de artillería, y trece bergantines y seis mil barcas. Murieron de su parte hasta cincuenta españoles y seis caballos, y no muchos indios. Murieron de los enemigos cien mil, y á lo que otros dicen, muy muchos más; pero yo no cuento los que mató la hambre y pestilencia. Estaban á la defensa todos los señores, caballeros y hombres principales; y así, murieron muchos nobles. Eran muchos, comían poco, bebían agua salada, dormían entre los muertos, y estaban en perpetua hedentina. Por estas cosas enfermaron y les vino pestilencia, en que murieron infinitos. De las cuales también se colige la firmeza y esfuerzo que tuvieron en su propósito; porque llegando á extremo de comer ramas y cortezas, y á beber agua salobre, jamás quisieron paz. Ellos bien la quisieran á la postre; mas Cuahutimoc no la quiso, porque al principio la rehusaron contra su voluntad y consejo, y porque muriéndose todos, no dieron señal de flaqueza; ca se tenían los muertos en casa porque sus enemigos no los viesen. De aquí también se conoce cómo mejicanos, aunque comen carne de hombre, no comen la de los suyos, como algunos pien-

san; que si la comieran, no murieran así de hambre. Alaban mucho las mujeres mejicanas, y no porque se estuvieron con sus maridos y padres, sino por lo mucho que trabajaron en servir los enfermos, en curar los heridos, en hacer hondas y labrar piedras para tirar, y aun en pelear desde las azoteas; que tan buena pedrada daban ellas como ellos. Dióse Méjico á saco, y españoles tomaron el oro, plata, pluma, y los indios la otra ropa y despojo. Cortés hizo hacer muchos y grandes fuegos en las calles, por alegrías y por quitar el mal hedor que los encalabraba. Enterró los muertos como mejor pudo. Herró muchos hombres y mujeres por esclavos con el hierro del Rey; los demás dejó libres. Varó los bergantines en tierra; dejó en guarda de ellos á Villafuerte con ochenta españoles, porque no los quemasen indios. Estuvo en esto cuatro días, y luego pasó el real á Culuacán, donde dió las gracias á los señores y pueblos amigos que le habían ayudado. Prometióles de se lo gratificar, y dijo que se fuesen con Dios los que quisiesen, pues al presente no tenía más guerra, y que los llamará si la hubiese. Con tanto, se fueron casi todos ricos, y muy contentos en haber destruido á Méjico, y por ir amigos de españoles y en gracia de Cortés.

Señales y pronósticos de la destrucción de Méjico

Poco antes que Fernando Cortés llegase á la Nueva-España, apareció muchas noches un gran resplandor sobre la mar por do entró; el cual parecía dos horas antes del día, subíase en alto y deshaciase luego. Los de Méjico vieron entonces llamas de fuego hacia oriente, que es la Veracruz, y un humo grande y espeso que parecía llegar al

cielo, y que mucho los espantó. Vieron eso mismo pelear por el aire gentes armadas, unas con otras; cosa nueva y maravillosa para ellos, y que les dió qué pensar y qué temer, por cuanto se platicaba entre ellos cómo había de ir gente blanca y barbuda á señorear la tierra en tiempo de Motezuma. Entonces se alteraron mucho los señores de Tezcucó y Tlacopán, diciendo que la espada que Motezuma tenía era las armas de aquellas gentes del aire, y los vestidos el traje; y tuvo él hartó que aplacarlos, fingiendo que aquellas ropas y armas fueron de sus antepasados, y porque lo creyesen hizo que probasen á quebrar la espada; y como no pudieron ó no supieron, quedaron maravillados y pacíficos. Parece ser que ciertos hombres de la costa habían poco antes llevado á Motezuma una caja de vestidos con aquella espada y ciertos anillos de oro y otras cosas de las nustras, que hallaron orillas del agua, traídas con tormenta. Otros dicen que fué la alteración de aquellos señores cuando vieron los vestidos y el espada que Cortés envió á Motezuma con Teudilli, mirando cómo se parecía al vestido y armas de los que peleaban en el aire. Como quiera que fuese, ellos cayeron en que se habían de perder entrando en su tierra los hombres de aquellas armas y vestidos. El mismo año que Cortés entró en Méjico apareció una visión á un malli ó cautivo de guerra para sacrificar, que lloraba mucho su desventura y muerte de sacrificio, llamando á Dios del cielo; la cual le dijo que no temiese tanto la muerte, y que Dios, á quien se encomendaba, habría merced de él; y que dijese á los sacerdotes y ministros de los ídolos que muy presto cesaría su sacrificio y derramamiento de sangre humana, por cuanto ya venían cerca los que lo habían de vedar, y mandar la tierra. Sacrificáronlo en medio del Tlatelulco, donde ahora está la horca de Méjico. Notaron mucho sus palabras y la visión, que llamaban aire del cielo, y que cuando después vieron ángeles pintados con alas y diademas, decían parecer al que habló con el malli. También reventó la tierra el

año de 20 cerca de Méjico, y salían grandes peces con el agua, que lo miraron por novedad. Contaban mejicanos cómo viniendo Motezuma con la victoria de Xochnuxco muy ufano, dijera al señor de Culucacán que quedaba Méjico seguro y fuerte, pues había vencido aquella y otras provincias, y que ya no habría quien contra él pudiese. «No confíes tanto, buen rey, respondió aquel señor; que una fuerza fuerza otra.» De la cual respuesta se mucho enojó Motezuma, y lo miraba de mal ojo. Mas después, cuando Cortés los prendió á entrambos, se acordó muchas veces de aquellas pláticas, que fueron profecía.

Cómo dieron tormento á Cuahutimoc para saber del tesoro

No se halló todo el oro en Méjico que primero tuvieron los nuestros, ni rastro del tesoro de Motezuma, que tenía gran fama; de que mucho se dolían los españoles, ca pensaban, cuando acabaron de ganar á Méjico, hallar un gran tesoro, á lo menos que hallaran cuanto perdieran al huir de Méjico. Cortés se maravillaba cómo ningún indio le descubría oro ni plata. Los soldados aquejaban á los vecinos por sacarles dineros. Los oficiales del Rey querían descubrir el oro, plata, perlas, piedras y joyas, para juntar mucho quinto; empero nunca pudieron con mejicano ninguno que dijese nada, aunque todos decían cómo era grande el tesoro de los dioses y de los reyes; así que acordaron dar tormento á Cuahutimoc y á otro caballero y su privado. El caballero tuvo tanto sufrimiento, que, aunque murió en el tormento de fuego, no confesó cosa de cuantas le preguntaron sobre tal caso, ó porque no lo sabía, ó porque guardan el secreto que su señor les confía constantísimamente. Cuando lo quemaban miraba mucho al Rey, para que,

habiendo compasión de él, le diese licencia, como dicen, de manifestar lo que sabía, ó lo dijese él. Cuahutimoc le miró con ira y lo trató vilísimamente, como muelle y de poco, diciendo si estaba él en algún deleite ó baño. Cortés quitó del tormento á Cuahutimoc, pareciéndole afrenta y crueldad, ó porque dijo cómo echara en la laguna, diez días antes de su prisión, las piezas de artillería, el oro y plata, las piedras, perlas y ricas joyas que tenía, por haberle dicho el diablo que sería vencido. Acusaron esta muerte á Cortés en su residencia como cosa fea é indigna de tan gran rey, y que lo hizo de avaro y cruel; mas él se defendía con que se hizo á pedimento de Julián de Alderete, tesorero del Rey, y porque pareciese la verdad; ca decían todos que se tenía él toda la riqueza de Motezuma, y no quería atormentarle porque no se supiese. Muchos buscaron este tesoro en la laguna y en tierra, por lo que dijo Cuahutimoc, mas nunca se halló; y es cosa notable haber escondido tanta cantidad de oro y plata, y no decirlo.

El servicio y quinto para el Rey, de los despojos de Méjico

Hicieron fundición de los despojos de Méjico. Hubo ciento y treinta mil castellanos, que se repartieron según el servicio y méritos de cada uno. Cupo al quinto del Rey veintiséis mil castellanos. Cupiéronle también muchos esclavos, plumajes, ventalles, mantas de algodón y mantas de pluma; rodela de vimbre aforradas en pieles de tigres y cubiertas de pluma, con la copa y cerco de oro; muchas perlas, algunas como avellanas, pero algo negras las más, de como quemar las conchas para sacarlas y aun para comer la carne. Sirvieron al Emperador con muchas piedras,

y entre ellas, con una esmeralda fina, como la palma, pero cuadrada, y que se remataba en punta como pirámide, y con una gran vajilla de oro y plata, en tazas, jarros, platos, escudillas, ollas y otras piezas de vaciadizo, unas como aves, otras como peces, otras como animales, otras como frutas y flores; y todas tan al vivo, que había mucho de ver. Diéronle asimismo muchas manillas, zarcillos, sortijas, bezotes y otras joyas de hombres y de mujeres, y algunos ídolos y cerbatanas de oro y de plata; todo lo cual valía ciento y cincuenta mil ducados, aunque otros dicen dos tanto. Enviáronle, sin esto, muchas máscaras mosaicas de piedrecitas finas, con las orejas de oro y con los colmillos de hueso fuera de los labios. Muchas ropas de sacerdotes, bragas, frontales, palios y otros ornamentos de templos; lo cual era de pluma, algodón y pelos de conejo. Enviaron también algunos huesos de gigantes que se hallaron allí en Culuacán, y tres tigres, uno de los cuales se soltó en la nao, y arañó seis ó siete hombres, y aun mató dos, y echóse á la mar. Mataron la otra porque no hiciese otro tanto mal. Otras cosas enviaron, pero esto es lo sustancial; y muchos enviaron dineros á sus parientes, y Cortés envió cuatro mil ducados á sus padres con Juan de Ribera, su secretario. Trujeron esta riqueza Alonso de Ávila y Antonio de Quiñones, procuradores de Méjico, en tres carabelas. Pero tomó las dos carabelas que traían el oro Florin, corsario francés, más acá de las Azores, y aun también tomó entonces otra nao que venía de las islas, con setenta y dos mil ducados, seiscientos marcos de aljófar y perlas, y dos mil arrobas de azúcar. Escribió el cabildo al Emperador en alabanza de Cortés, y él le suplicaba por los conquistadores, para que les confirmase los repartimientos, y que enviase una persona docta y curiosa á ver la mucha y maravillosa tierra que había conquistado, y que tuviese por bien que se llamase Nueva-España. Que enviase obispos, clérigos y frailes para entender en la conversión de los indios; y labradores con ganados, plantas y

simientes, y que no permitiese pasar allá tornadizos, médicos ni letrados.

Cómo Cazoncín, rey de Mechuacán, se dió á Cortés

Puso muy gran miedo y admiración en todos la destrucción de Méjico, que era la mayor y más fuerte ciudad de todas aquellas partes, y más poderosa en reino y riqueza. Por lo cual no solamente se dieron á Cortés los súbditos de mejicanos, pero los enemigos también, por desechar de sí la guerra; no les aconteciese como á Cuahutimoc; y así, venían á Culuacán embajadores de grandes y diversas provincias y de muy lejos; ca, según cuentan, eran algunos de más de trescientas leguas de allí. El rey de Mechuacán, por nombre dicho Cazon, antiguo y natural enemigo de los reyes mejicanos y muy gran señor, envió sus embajadores á Cortés, alegrándosele de la victoria y dándosele por amigo. Él los recibió muy bien, túvolos consigo cuatro días. Hizo escaramuzar delante de ellos á los de caballo para que lo contasen en su tierra. Dióles algunas cosillas y dos españoles que fuesen á ver aquel reino y tomar lengua de la mar del Sur, y despidiólos. Tantas cosas dijeron de los españoles aquellos embajadores á su rey, que estuvo por venir á verlos; mas estorbáronselo sus consejeros; y así, envió allí un hermano suyo con mil personas de servicio y muchos caballeros. Cortés lo recibió y trató conforme á la persona que era. Llevóle á ver los bergantines, el asiento y destrucción de Méjico. Anduvieron los españoles el caracol en ordenanza, y soltaron las escopetas y ballestas. Jugó la artillería al blanco, que se puso en una torre. Corrieron los de caballo, y escaramuzaron con lanzas. Quedó maravillado aquel caballero de estas cosas y de las

barbas y trajes. Fuése dende á cuatro días que llegó, y tuvo bien qué contar al Rey su hermano. Viendo Cortés la voluntad del rey Cazoncín, envió á poblar en Chincicila de Michuacán á Cristóbal de Olid con cuarenta de caballo y cien infantes españoles, y Cazoncín holgó que poblasen, y les dió mucha ropa de pluma y algodón, cinco mil pesos de oro sin ley, por tener mucha mezcla de plata, y mil marcos de plata revuelta con cobre; todo esto en piezas de aparador y joyas de cuerpo, y ofreció su persona y reino al rey de Castilla, como se lo rogaba Cortés. La cabeza principal y ciudad de Michuacán llaman Chincicila, y está de Méjico poco más de cuarenta leguas, y en una ladera de sierras, sobre una laguna dulce, tan grande como la de Méjico, y de muchos y buenos peces. Sin esta laguna hay en aquel reino otros muchos lagos, en que hay grandes pesquerías; á cuya causa se llama Michuacán, que quiere decir lugar de pescado. Hay también muchas fuentes, y algunas tan calientes, que no las sufre la mano, las cuales sirven de baños. Es tierra muy templada, de buenos aires, y tan sana, que muchos enfermos de otras partes se van á sanar á ella. Es fértil de pan, fruta y verdura. Es abundante de caza, tiene mucha cera y algodón. Son los hombres más hermosos que sus vecinos, recios y para mucho trabajo. Grandes tiradores de arco y muy certeros, en especial los que llaman teuchichimecas, que están debajo ó cerca de aquel señorío; á los cuales, si yerran la caza, les ponen una vestidura de mujer, que dicen cucitl, por afrenta. Son guerreros y diestros hombres, y siempre tenían guerra con los de Méjico, y nunca ó por maravilla perdían batalla. Hay en este reino muchas minas de plata y oro bajo, y el año de 1525 se descubrió en él la más rica mina de plata que se había visto en la Nueva-España; y por ser tal, la tomaron para el Rey sus oficiales, no sin agravio de quien la halló. Mas quiso Dios que luego se perdiese ó acabase; y así, la perdió su dueño, y el Rey su quinto, y ellos la fama. Hay buenas salinas, mucha piedra negra, de

que hacen sus navajas, y finísimo azabache. Críase grana de la buena. Españoles han puesto morales para seda; sembrado trigo y criado ganados, y todo se da muy bien, que Francisco de Terrazas cogió seiscientas fanegas, de cuatro que sembró.

La conquista de Tochtepec y Cozacoalco, que hizo
Gonzalo de Sandoval

Al tiempo que Méjico se rebeló y echó fuera los españoles, se rebelaron también todos los pueblos de su bando, y mataron los españoles que andaban por la tierra descubriendo minas y otros secretos. Mas la guerra de Méjico no había dado lugar al castigo; y porque los más culpantes eran Huatuxco, Tochtepec y otros lugares de la costa, envió allá desde Culuacán, por fin de octubre del año de 21, á Gonzalo de Sandoval con doscientos españoles á pie, con treinta y cinco de caballo y con razonable ejército de amigos, en que iban algunos señores mejicanos. En llegando á Huatuxco se le rindió toda aquella tierra. Pobló en Tochtepec, que está de Méjico ciento y veinte leguas, y llamóle Medellín por mandado de Cortés y en gracia, que así se llama donde nació. De Tochtepec fué después Sandoval á poblar en Cozacoalco, pensando que los de aquel río estaban amigos de Cortés, como lo habían prometido á Diego de Ordás cuando fué allá en vida de Motezuma.

No halló en ellos buen acogimiento ni aun voluntad de su amistad. Díjoles que los iba á visitar de parte de Cortés, y á saber si habían menester algo. Ellos le respondieron que no tenían necesidad de su gente ni amistad; que se

volviese con Dios. Él les pidió la palabra, y les rogó con la paz y religión cristiana, mas no la quisieron; antes se armaron, amenazándole con la muerte. Sandoval no quisiera guerra; pero, como no podía al hacer, saltó de noche un lugar, donde prendió una señora, que fué parte para que llegasen los nuestros al río sin contraste, y se apoderasen de Coazacoalco y sus riberas. A cuatro leguas de la mar pobló Sandoval la villa del Espíritu Santo; ca no se halló antes buen asiento. Atrajo á su amistad á Quechollán, Ciuatlán, Quezaltepec, Tabasco, que luego se rebelaron, y otros muchos pueblos, que se encomendaron á los pobladores del Espíritu Santo por cédula de Cortés. En este mismo tiempo se conquistó Huaxacac, con mucha parte de la provincia de Mixtecapán, porque daban guerra á los de Tepeacac y á sus aliados. Hubo tres encuentros, en que murió mucha gente, primero que se diesen y consintiesen á los nuestros poblar en su tierra.

La conquista de Tututepec

Deseaba Cortés tener tierra y puertos en la mar del Sur para descubrir por allí la costa de la Nueva-España, y algunas islas ricas de oro, piedras, perlas, especies, y otras cosas y secretos admirables, y aun traer por allí la especiería de las Molucas á menos trabajo y peligro; y como tenía noticia de aquella mar de tiempo de Motezuma, entonces se le ofrecían á ello los de Mechuacán, envió allá cuatro españoles por dos caminos con buenas guías; los cuales fueron á Tecoantepec, Zacatollán y otros pueblos. Tomaron posesión de aquel mar y tierra, poniendo cruces. Dijeron á los naturales su embajada; pidieron oro, perlas y hombres para la vuelta y para mostrar á su capitán, y

tornáronse á Méjico. Cortés trató muy bien aquellos indios; dióles algunas cosas, y muchas encomiendas y ofrecimientos para su rey, con que se fueron alegres. Envió luego el señor de Tecoantepec un presente de oro, algodón, pluma y armas, ofreciendo su persona y estado al Emperador; y no mucho después pidió españoles y caballos contra los de Tututepec, que le hacían guerra por haberse dado á cristianos, mostrándoles la mar. Cortés le envió á Pedro de Albarado, el año de 22, y no 23, con doscientos españoles y cuarenta de caballo y dos tirillos de campo. Albarado fué por Huaxacac, que ya estaba pacífica; tardó un mes en llegar á Tututepec; halló en algunos pueblos resistencia, mas no perseverancia. Recibióle bien el señor de aquella provincia, y quiso aposentarle dentro en Tututepec, que es gran ciudad, en unas casas suyas muy buenas, aunque cubiertas de paja, con pensamiento de quemar los españoles aquella noche; mas Albarado, que lo sospechó ó le avisaron, no quiso quedar allí, diciendo que no era bueno para sus caballos, y aposentóse á lo bajo de la ciudad, y detuvo al señor y á un su hijo; los cuales se rescataron en veinticinco mil castellanos de oro; que la tierra es rica de minas y ferias y en algunas perlas. Pobló Albarado en Tututepec; llamóla Segura. Pasó allá los vecinos de la otra Segura de la Frontera, que ya no tenían enemigos, y encomendóles las provincias de Coaztlauac, Tachquianco y otras, con cédulas de Cortés. Vino Albarado á negociar cosas del nuevo pueblo con Cortés; y los vecinos en su ausencia dejaron el lugar, por las pasiones que hubieron, y metiéronse en Huaxacac; por lo cual envió Cortés allá á Diego de Ocampo, su alcalde mayor, por pesquisidor, que condenó á uno á muerte; mas Cortés se la mudó en destierro, en grado de apelación. Murió en esto el señor de Tututepec; tras cuya muerte se rebelaron algunos pueblos de la comarca. Tornó allá Pedro de Albarado; peleó, y aunque le mataron ciertos españoles y otros amigos, los redujo como antes estaban, pero no se pobló más Segura.

La guerra de Colimán

Como tuvo Cortés entrada y amistad en la costa de la mar del Sur, envió cuarenta españoles carpinteros y marineros á labrar en Zacatullán, ó Zacatula, como dicen ya, dos bergantines para descubrir aquella costa y el estrecho que pensaban entonces, y otras dos carabelas para buscar islas que tuviesen especies y piedras, é ir á las Molucas; y tras ellos envió hierro, áncoras, velas, maromas, y otras muchas jarcias y aparejos de naos que tenía en la Veracruz, con muchos hombres y mujeres; que fué un gasto y camino muy grande. Mandó Cortés ir después allá á Cristóbal de Olid á ver los navios, y costear aquella tierra en siendo acabados. Cristóbal de Olid caminó luego para Zacatullán desde Chincicila, con más de cien españoles y cuarenta de caballo, y mechuacaneses. Supo en el camino cómo los pueblos de Colimán andaban en armas, y que eran ricos. Fué á ellos, peleó muchos días; al cabo quedó vencido y corrido, por haberle muerto aquellos de Colimán tres españoles y gran número de sus amigos. Despachó Cortés luego á Gonzalo de Sandoval con veinticinco de caballo y setenta peones y muchos indios amigos de guerra y carga, que fuese á vengar esto, y á castigar los de Impilcinco, que hacían guerra á sus vecinos por ser amigos de cristianos. Sandoval fué á Impilcinco, peleó con los de allí algunas veces, y no los pudo conquistar, por ser tierra áspera para los caballos. Fué de allí á Zacatullán, miró los navios, tomó más españoles, pasó á Colimán, que estaba sesenta leguas, y pacificó de camino algunos lugares. Salieron á él los de Colimán al mismo paso que desbarataran á Olid, pensando desbaratarlo también á él. Pelearon re-

ciamente los unos y los otros; mas vencieron los nuestros, aunque con muchas heridas, pero con ningún muerto, sino indios; quedaron heridos muchos caballos. Hago siempre mención de los caballos muertos ó heridos, porque importaban muy mucho en aquellas guerras; ca por ellos se alcanzaba victoria las más veces, y porque valían muchos dineros. Recibieron tanto daño los impilcincos con esta batalla, que, sin aguardar otra, se dieron por vasallos del Emperador, y hicieron darse á Colimantlec, Ciuatlán y otros pueblos. Poblaron en Colimán veinticinco de caballo y ciento veinte peones, á los cuales repartió Cortés aquella tierra. Trajeron entendido Sandoval y sus compañeros que á diez soles de allí había una isla de amazonas, tierra rica; mas nunca se han hallado tales mujeres: creo que nació aquel error del nombre Ciuatlán, que quiere decir tierra ó lugar de mujeres.

De Cristóbal de Tapia, que fué por gobernador á Méjico

Poco después que Méjico se ganó, fué Cristóbal de Tapia, veedor de Santo Domingo, por gobernador de la Nueva-España. Entró en la Veracruz, presentó las provisiones que llevaba, pensando hallar valedores por amor del obispo de Burgos, que lo enviaba, y amigos de Diego Velázquez que le favoreciesen. Respondiéronle que las obedecían; mas, cuanto al cumplimiento, que vendrían los vecinos y regidores de aquella villa, que andaban en la reedificación de Méjico y conquistas de la tierra, y harían lo que más conviniese al servicio del Emperador y Rey, su señor. Él tuvo enojo y desconfianza de aquella respuesta; escribió á Cortés y partióse dende á poco para Méjico. Cortés le respondió que holgaba de su venida, por la bue-

na conversación y amistad que habían tenido en tiempos pasados, y que enviaba á fray Pedro Melgarejo de Urrea, comisario de la Cruzada, para informarle del estado en que la tierra y españoles estaban, como persona que se había hallado en el cerco de Méjico, y le acompañase. Informó al fraile de lo que había de hacer, y proveyó cómo Tapia fuese bien proveído por el camino; mas, porque no llegase á Méjico, determinó salirle al camino, dejando el de Pánuco, que tenía á punto. Los capitanes y procuradores de todas las villas que allí estaban, no le dejaron ir; por lo cual envió poderes á Gonzalo de Sandoval, Pedro de Albarado, Diego de Soto, Diego de Valdenebro y fray Pedro Melgarejo, que ya estaban en la Veracruz, para negociar con Tapia; y todos ellos juntos le hicieron volver á Cempoallán, y allí, presentando sus provisiones otra vez, suplicaron de ellas para el Emperador, diciendo que así cumplía á su real servicio, al bien de los conquistadores y paz de la tierra, y aun le dijeron que las provisiones eran favorables y falsas, y él incapaz é indigno de tan grande gobernación. Viendo pues Cristóbal de Tapia tanta contradicción y otras amenazas, se volvió por donde fué, con grande afrenta, no sé si con moneda; y aun en Santo Domingo le quisieron quitar el oficio la Audiencia y Gobernador, porque fuera á revolver la Nueva-España, habiéndole mandado que no fuese so gravísimas penas. También fué luego Juan Bono de Quexo, que había ido con Narváez por maestro de nave, con despachos del obispo de Burgos para Cristóbal de Tapia. Llevaba cien cartas de un tenor, y otras en blanco, firmadas del mismo obispo, y llenas de ofrecimientos para los que recibiesen por gobernador á Tapia, diciéndolo cómo el Emperador era deservido de Cortés; y una para el mismo Cortés con muchas mercedes si dejaba la tierra á Cristóbal de Tapia, y si no, que le sería contrario. Muchos se alteraron con estas cartas, que eran ricas; y si Tapia no fuera ido, hubiera novedades; y algunos dijeron que no era mucho haber comunidad en Méji-

co, pues la había en Toledo; mas Cortés lo atajó sabia y halagüeñamente. Los indios asimismo se trocaron con esto, y se rebelaron los cuixtecas y los de Coazacoalco y Tabasco y otros, que les costó caro.

La guerra de Pánuco

Antes que Motezuma muriese, y luego que Méjico fué destruído, se había ofrecido el señor de Pánuco al servicio del Emperador y amistad de cristianos; por lo cual quería ir Cortés á poblar en aquel río cuando llegó Cristóbal de Tapia, y aun porque le decían ser bueno para navíos, y tener oro y plata. Moviale también deseo de vengar los españoles de Francisco de Garay que allí mataran, y anticiparse á poblar y conquistar aquel río y costa primero que llegase el mismo Garay; ca era fama cómo procuraba la gobernación de Pánuco, y que armaba para ir allá. Así que, habiendo escrito mucho antes á Castilla por la jurisdicción de Pánuco, y pidiéndole agora gente algunos de allí para contra sus enemigos, disculpándose de las muertes de ciertos soldados de Garay y de otros que yendo á la Veracruz dieran allí al través, fué con trescientos españoles de pie y ciento cincuenta de caballo y cuarenta mil mejicanos. Peleó con los enemigos en Ayotuxtetlatlán; y como era campo raso y llano, donde se aprovechó muy bien de los caballos, concluyó presto la batalla y la victoria, haciendo gran matanza en ellos. Murieron muchos mejicanos y quedaron heridos cincuenta españoles y algunos caballos. Estuvo allí Cortés cuatro dias por los heridos; en los cuales vinieron á darle obediencia y dones muchos lugares de aquella liga. Fué á Chila, cinco leguas de la mar, donde fué desbaratado Francisco Garay. Envió desde allí

mensajeros por toda la comarca allende el río, rogándoles con la paz y predicación. Ellos, ó por ser muchos y estar fuertes en sus lagunas, ó pensando matar y comer los de Cortés, como habían hecho á los de Garay, no curaron de tales ruegos ni requerimientos ni amistades; antes mataron algunos mensajeros, amenazando á quien los enviaba. Cortés esperó quince días, por atraerlos por bien. Después dióles guerra; pero, como no les podía dañar por tierra, que se estaban en sus lagunas, mudó la guerra, buscó barcas, y en ellas pasó de noche, por no ser sentido, á la otra parte del río con cien peones y cuarenta de caballo. Fué luego visto con el día, cargaron sobre él tantos y tan recio, que nunca los españoles vieran en aquellas partes acometer en campo tan denodadamente á indios algunos. Mataron dos caballos y hirieron diez muy mal; pero con todo eso, fueron desbaratados y seguidos una legua, y muertos en gran cantidad. Los nuestros durmieron aquella noche en un lugar sin gente; en cuyos templos hallaron colgados los vestidos y armas de los españoles de Garay, y las caras con sus barbas desolladas, curtidas, y pegadas por las paredes. Algunas conocieron y lloraron, que ciertamente ponía gran lástima; y bien parecía ser los de Pánuco tan bravos y crueles como los mejicanos decían; que como tenían guerra ordinaria con ellos, habían probado semejantes crueldades. Fué Cortés de allí á un hermoso lugar donde todos estaban con armas, como en celada, para tomarle á manos en las casas. Los de caballo que iban delante los descubrieron. Ellos, como fueron vistos, salieron, y pelearon tan fuertemente, que mataron un caballo é hirieron otros veinte, y muchos españoles. Tuvieron gran tesón, por el cual duró buen rato la pelea.

Fueron vencidos tres ó cuatro veces, y tantas se rehicieron con gentil concierto. Hacíanse muelas, hincaban las rodillas en el suelo, tiraban sus varas, flechas y piedras sin hablar palabra; cosa que pocos indios acostumbra; y ya que todos estaban cansados, echáronse á un

río que por allí pasa, y poco á poco lo pasaron; de lo cual no pesó á Cortés. Repararon á la orilla, y estuviéronse allí con grande ánimo hasta que cerró la noche. Los nuestros se tornaron al lugar, cenaron el caballo muerto, y durmieron con buena guarda. Otro día siguiente fueron corriendo el campo á cuatro pueblos despoblados, donde hallaron muchas tinajas del vino que usan, puestas en bodegas por gentil orden. Durmieron en unos maizales por causa de los caballos. Anduvieron otros dos días; y como no hallaban gente, volvieron á Chila, do estaba el real. No venía hombre á ver los españoles de cuantos estaban allende el río, ni les hacían guerra. Tenía Cortés pena de lo uno y de lo otro, y por traerlos á una de las dos cosas, echó de la otra parte del río los más caballos y españoles y amigos, que salteasen un gran pueblo, orilla de una laguna. Acometiéronlo de noche por agua y tierra é hicieron gran estrago. Espantáronse los indios de ver que de noche y en agua los acometían, y comenzaron luego á rendirse, y en veinticinco días se dió toda aquella comarca y vecinos del río. Fundó Cortés á Santisteban del Puerto, junto á Chila. Puso en él cien infantes y treinta de caballo. Repartióles aquellas provincias. Nombró alcaldes, regidores y los otros oficiales de concejo, y dejó por su teniente á Pedro de Vallejo. Asoló á Pánuco y Chila y otros grandes lugares, por su rebeldía y por la crueldad que tuvieron con los de Garay; y dió la vuelta para Méjico, que se edificaba. Costóles setenta mil pesos esta ida, porque no hubo despojo. Vendíanse las herraduras á peso de oro ó por doblada plata. Dió al través un navío entonces, que venía con bastimento y munición para el ejército desde la Veracruz, que no se salvó sino tres españoles en una islica, cinco leguas de tierra; los cuales se mantuvieron muchos días con lobos marinos, que salían á dormir en tierra, y con unos como higos. Rebelóse á esta sazón Tututepec del norte con otros muchos pueblos que están á raya de Pánuco; cuyos señores quemaron y destruyeron más de veinte lugares ami-

gos de cristianos. Fué á ellos Cortés, y conquistólos guerreando. Matáronle muchos indios rezagados, y reventaron doce caballos por aquellas sierras, que hicieron gran falta. Fueron ahorcados el señor de Tututepec y el capitán general de aquella guerra, que se prendieron en batalla, porque habiéndose dado por amigos, y rebelado y perdonado otra vez, no guardaron su palabra y juramento. Vendiéronse por esclavos en almoneda doscientos hombres de aquellos, para rehacer la pérdida de los caballos. Con este castigo y con darles por señor otro hermano del muerto, estuvieron quedos y sujetos.

Cómo fué Francisco de Garay á Pánuco con grande armada

Francisco de Garay fué á Pánuco el año de 18, y los de Chila lo desbataron, y se comieron los españoles que mataron, y aun pusieron los cueros en sus templos por memoria ó voto, según ya está dicho. Tornó allá con más gente al otro año siguiente, á lo que algunos dicen, y también lo echaron por fuerza de aquel río. Él entonces, por la reputación, y por haber la riqueza de Pánuco, procuró el gobierno de allí. Envió á Castilla á Juan López de Torralba con información del gasto y descubrimiento que había hecho; el cual le hubo el adelantamiento y gobernación de Pánuco. Armó en virtud de ello, el año 23, nueve naves y dos bergantines, en que metió ciento y cuarenta y cuatro caballos y ochocientos y cincuenta españoles, y algunos isleños de Jamaica, donde forneció la flota; muchos tiros, doscientas escopetas y trescientas ballestas; y como era rico, bastecía la armada muy bien de carne y pan y mercería. Hizo un pueblo en Aire, que llamó Garay. Nombró por alcaldes á Alonso de Mendoza y Fernando de Fi-

gueroa; por regidores á Gonzalo de Ovalle, Diego de Cifuentes y un Villagrán. Puso alguacil, escribano, fiel, procurador y todos los otros oficios que tiene una villa en Castilla. Tomóles juramento, y también á los capitanes del ejército, que no le dejarían ni serían contra él. Y con tanto, se partió de Jamaica por San Juan. Fué á Xagua, puerto de Cuba muy bueno, donde supo que Cortés tenía poblado á Pánuco y conquistada aquella tierra; cosa que mucho le pesó y temió; y porque no le aconteciese como á Pánfilo de Narváez, pensó de tratar de concierto con Fernando Cortés. Escribió á Diego Velázquez y al licenciado Alonso Zuazo sobre ello, rogando al Zuazo que fué á Méjico á entender por él con Cortés. Zuazo holgó de ello, vino á Xagua, habló con Garay, y partiéronse cada uno á su negocio. Zuazo corrió fortuna y pasó grandes trabajos antes de llegar á la Nueva España. Garay tuvo también recio temporal, y llegó al río de Palmas día de Santiago. Surgió allí con todos sus navíos, que no pudo al hacer. Envió el río arriba á Gonzalo de Ocampo, su pariente, con un bergantín, á mirar la disposición, gente y lugares de aquella ribera. Ocampo subió quince leguas, vió como entraban muchos ríos en aquel, y volvió al cuarto día, diciendo que la tierra era ruín y desierta. Fué creído, aunque no supo lo que dijo. Sacó Garay con esto á tierra cuatrocientos compañeros y los caballos. Mandó que los navíos fuesen costa á costa con Juan de Grijalba, y el camino ribera del mar á Pánuco, en orden de guerra. Anduvo tres días por despoblado y por unas malas ciénagas. Pasó un río que llamó Montalto, por correr de grandes sierras, á nado y en balsas. Entró en un gran lugar vacío de gente, mas lleno de maiz y de guayabos. Arrodeó una gran laguna, y luego hizo mensajeros con unos de Chila que prendiera, y sabían castellano, á un pueblo para que lo recibiesen de paz. Allí le hospedaron, y bastecieron á Garay de pan, fruta y aves, que toman en lagunas. Los soldados se medio amotinaron porque no les dejaba sa-